

LA METÁFORA

DOI: 10.7413/18281567041

por **Juan Canseco**

Osservatorio di Pavia - Media Research

Metaphor

Abstract

The phenomenon of metaphor is more prevalent than generally admitted by philosophers, and it raises two main questions: “what is metaphorical meaning”? And how do hearers grasp metaphorical meaning? Theorists have thought that metaphor is a matter of bringing out similarities between things or states of affairs. Davidson argues that the stimulation of comparisons is causal. The Naive Simile Theory says that metaphors abbreviate literal comparisons. For the Figurative Simile Theory, metaphors are short for similes themselves taken figuratively. Searle uses Gricean apparatus to explain metaphorical meaning as speaker meaning. A further theory of metaphor is based on the phenomenon of single words’ analogical differentiation into hosts of distinct but related meanings.

Keywords: *metaphor*, meaning, linguistic, similarity, simile, figurative, analogical.

Introducción

El fenómeno de la metáfora es mucho más común de lo que generalmente admiten los filósofos, y plantea dos importantes preguntas: ¿en qué consiste el “significado metafórico”? Y ¿cómo hacen los escuchas para captar con tanta facilidad el sentido metafórico de las expresiones?

La mayor parte de los estudiosos han opinado que la metáfora constituye una cierta modalidad de señalar o de hacer notar semejanzas entre objetos o estados de cosas. El filósofo Donald Davidson sostiene que este “hacer notar” es enteramente causal, y de ninguna manera lingüístico; el solo escuchar la metáfora de alguna forma tiene el efecto de hacernos ver una semejanza. La teoría

ingenua del símil se va al extremo opuesto, sosteniendo que las metáforas simplemente abrevian comparaciones literales. Se puede apreciar fácilmente que ambas teorías son inadecuadas.

La teoría figurativa del símil sostiene en cambio que las metáforas son una abreviación de símiles interpretados de manera figurativa. Esta posición evita las tres objeciones más evidentes formuladas en contra de la teoría ingenua del símil, más no todas las objeciones de peso.

El filósofo Searle trata al significado metafórico como un significado del hablante que es al mismo tiempo significado expresado, haciendo uso del aparato teórico de Grice para explicarlo de manera similar a como había ya explicado la noción de fuerza indirecta. Este enfoque parece factible y supera algunas de las principales objeciones que se han formulado a la teoría del significado metafórico, pero genera a su vez una serie de nuevas objeciones.

Otra teoría de la metáfora se basa en el fenómeno, importante por sí mismo, de la diferenciación de palabras específicas en grupos de significados diferentes pero relacionados entre sí.

Un prejuicio filosófico

Los filósofos tienen la tendencia a pensar que el discurso literal representa la norma y que el uso de expresiones metafóricas es meramente el reflejo de momentáneas aberraciones, cometidas sobre todo por poetas (cumplidos y fallidos). Pero éste es sólo un prejuicio. A menudo empleamos enunciados en contextos perfectamente ordinarios expresando con ellos un sentido distinto del literal. Es más, prácticamente cada uno de los enunciados producidos por cualquier ser humano contiene importantes elementos metafóricos o figurativos.

El uso que acabo de hacer ahora de la palabra “elemento” era al menos en parte metafórico. O bien consideremos el número de veces que en un día alguien pronuncia la palabra “nivel”. “Nivel” es casi invariablemente una metáfora, a menos que el hablante se esté refiriendo específicamente a la disposición horizontal de algún objeto físico. El uso no literal es la norma, no la excepción.

Se suele conceder, incluso ampliamente, que casi cualquier expresión contiene elementos figurativos, porque todo el mundo acepta que entre las expresiones literales se encuentran muchas metáforas “muertas”, es decir, frases que evolucionaron a partir de lo que en un principio eran nuevas metáforas pero que se han convertido en expresiones idiomáticas o en clichés y que ahora significan literalmente lo que precedentemente querían decir sólo metafóricamente. Hablamos de la “boca” de un río, pero nadie en la actualidad piensa acerca de esta expresión en términos de una

alusión metafórica a las bocas humanas o animales. De la misma manera decimos “inclinado a [hacer esto o aquello]”, “rico postre”, “micrófono muerto”, e incluso “metáfora muerta”. Tal vez “nivel”, cuando decimos “nivel más alto o nivel más bajo” sea ejemplo hoy de un uso literal. “Nivel” en el contexto de la carpintería, refiriéndonos al instrumento que usa el carpintero, es seguramente una metáfora muerta; no contamos con otro nombre para referirnos a esa herramienta, y en un diccionario lo habremos de encontrar como uno de los significados específicos de la palabra.

No obstante, como subrayaron Lakoff y Johnson (1980), la distinción entre metáforas nuevas o frescas y metáforas “muertas” es una distinción sutil y de grado, no de tipo. Las metáforas frescas son seleccionadas y se vuelven corrientes, y sucesivamente (y sólo gradualmente, a veces a lo largo de siglos enteros) se deterioran, se vuelven rígidas, y finalmente mueren.

(¿Cuántas expresiones del párrafo precedente fueron utilizadas metafóricamente más que literalmente, asumiendo que la distinción existente no sea de grado?)

Así las cosas, todo parece indicar que la honestidad intelectual nos exige ofrecer una explicación de las metáforas que tenga mayor profundidad.

Los temas principales, y dos teorías sencillas

Existe una cierta variación taxonómica al momento de clasificar a las metáforas con relación a otras figuras del lenguaje. Algunos especialistas emplean el término “metáfora” de modo general, casi como sinónimo de “figurativo”. Otros lo utilizan de manera muy restrictiva, aludiendo a una específica figura del lenguaje entre muchas otras. En las siguientes líneas no busco trazar distinciones finas.

Las principales preguntas filosóficas relacionadas con la metáfora son dos, fundamentalmente: ¿en qué consiste el “significado metafórico”, en términos generales? Y, ¿a través de qué mecanismo o mecanismos se transmite?, es decir, ¿cómo es que los escuchas captan el significado, toda vez que lo que escuchan es tan sólo una expresión cuyo significado literal es algo distinto? La metáfora da lugar a muchas otras importantes preguntas filosóficas, como puede ser la relativa a la razón por la cual se prefiere usar expresiones metafóricas y no literales, o bien la de la específica eficacia y poder de la metáfora como figura del lenguaje, o la de la centralidad de la metáfora en cada uno de

los contextos de la vida. En este escrito habré de concentrar mi atención sólo en las preguntas de naturaleza más estrictamente lingüística.

He aquí algunos ejemplos con los que podemos trabajar:

- (1) Simón (Pedro) es una piedra.¹
- (2) Julieta es el sol. [Dicho por Romeo después de haber preguntado (tendenciosamente) “¿qué luz brota de aquella ventana?” Julieta también “se destaca de la frente de la noche/cual brillante de la negra oreja de un etíope”. (Romeo y Julieta, I, i).

Una metáfora solar más compleja:

- (3) Ahora el invierno de nuestro descontento se vuelve verano con este sol de York. (Ricardo III, i).
- (4) Cuando la sangre joven se inflama, el alma se transforma en una lengua pródiga en promesas. (Hamlet, I, iii).

¿Qué es lo que caracteriza a los enunciados 1 a 4 y a otros de los que se dice que son metafóricos? Beardsley (1967) identifica dos características que actúan conjuntamente: al interno de estos enunciados existe una “tensión” conceptual (los seres humanos difieren categóricamente de las piedras o de los soles, y las almas y las lenguas no son el tipo de cosas que puedan interactuar comercialmente); no obstante, el enunciado no es sólo inteligible sino que es incluso excepcionalmente informativo e iluminante, y puede ser la expresión de una importante verdad. Otros estudiosos han comentado con mayor fuerza la primera de estas características, diciendo que un enunciado metafórico interpretado de manera literal es incoherente, absurdo, o en el mejor de los casos clara y transparentemente falso, si bien tendremos la oportunidad de ver más adelante que esto no siempre es así.

¹ “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Matías, 16:18).

La teoría causal de Davidson

El lenguaje figurado fue objeto de un desdén generalizado durante el período de mayor vigor del positivismo lógico, presuntamente a raíz del verificacionismo que caracterizaba a los positivistas lógicos.² Toda vez que enunciados tales como 1 a 4 -al menos tal y como están concebidos- no resultan verificables en el sentido empírico ordinario, se juzgó que carecían de significado cognitivo. Desde este punto de vista, no existe aquello que se denomina “significado metafórico”, si por “significado” se entiende el significado lingüístico; existe sólo un significado emotivo o afectivo. También Donald Davidson (1978) rechaza el “significado metafórico” y niega la existencia de mecanismos lingüísticos a través de los cuales se expresa o transmite el significado metafórico. A diferencia de los positivistas, Davidson considera que enunciados como 1 a 4 sí poseen significados; pero sostiene que los significados que tienen son tan sólo su significado literal (por extraños que puedan ser). “Las metáforas significan lo que las palabras, en su interpretación más literal, significan, y nada más” (p. 30). Cuando Romeo pronunció el enunciado (2), estaba diciendo solamente que Julieta era, literalmente, el sol, si bien él estaba sin dudas *haciendo* más que sólo expresar esa absurda falsedad.

El artículo de Davidson está dedicado en gran parte a su argumentación en contra del “significado metafórico”; ofrece varios argumentos importantes en contra de él, dos de los cuales habremos de considerar más adelante. Pero paralelamente esboza una explicación positiva acerca del sentido y la importancia de la metáfora. Una explicación cruda y llanamente causal:

Una metáfora *hace* que pongamos atención en una semejanza, a menudo una semejanza nueva o sorprendente, entre dos o más cosas. (p. 31, cursivo añadido, traducción mía)

Un símil nos dice, en parte, lo que una metáfora simplemente *estimula* a notar. (p. 36 cursivo añadido, traducción mía)

No hay lógica en ello, sostiene aparentemente Davidson, mucho menos ningún mecanismo lingüístico que indique las semejanzas que deben ser “notadas”. Una píldora o un “chichón en la

² Y a otros empiristas que los precedieron. Blackburn (1984: 172) ofrece una cáustica cita del *Leviathan* de Hobbes.

cabeza” (p. 44) podrían hacer lo mismo igual de bien. Evidentemente, el efecto de la metáfora está lejos de ser aleatorio, de otra forma la poesía y la literatura en general no tendrían el sentido ni el éxito que tienen; pero los medios psicológicos de los que se valen para tener éxito no caen dentro del dominio del lingüista.

La visión de Davidson implica que la única diferencia relevante entre (1) - (4) y el sinsentido producido por cadenas de palabras creadas al azar (tales como “Bien de a únicamente el un con cuál”) es que, por cualquiera que sea la razón, (1) - (4) tienen efectos psicológicos que las ensaladas de palabras no tienen. Pero de seguro existe una enorme diferencia *cognitiva* entre (1) - (4) y la ensalada de palabras: a menudo no sólo las comprendemos, sino que podemos parafrasearlas más literalmente; derivamos inferencias a partir de ellas; a veces consideramos haber aprendido nuevos hechos empíricos después de escuchar declaraciones metafóricas. Ese valor cognitivo no deriva evidentemente de sus generalmente extraños significados literales. Moran (1997) añade el ejemplo del engarce de antecedentes condicionales (“si la música es el alimento del amor, entonces sigue tocando”, o incluso “si la música es el alimento del amor, entonces me voy a comprar unos discos”).

Un punto relacionado con lo expuesto nos indica que, si Davidson tiene razón, entonces no nos sería posible malinterpretar una metáfora. Si, en respuesta a la declaración (2) de Romeo, algún entrometido hubiera exclamado, “¡Ya entiendo! Julieta lo deprime porque es tan tonta y huele tan feo”, según la teoría causal esto no representaría un reporte incorrecto de la declaración metafórica de Romeo; sería tan sólo evidencia de que la arquitectura mental del entrometido es causalmente distinta de la de Romeo y de la nuestra.

Por otro lado, como Goodman (1981) señala, Davidson no puede conceder la verdad metafórica. Si las declaraciones metafóricas tienen exclusivamente un significado literal, no habiendo ningún otro candidato para ser depositario del valor de verdad, habrán de ser normalmente falsas y sólo en ocasiones y accidentalmente verdaderas. Pero debemos recordar (si bien con la renuencia que hemos comentado) la prevalencia del uso no literal. Incluso si dejamos de lado de manera incontrovertida las metáforas “muertas”, reconoceremos que pocas declaraciones humanas están enteramente libres de elementos metafóricos. Si las declaraciones metafóricas son raramente verdaderas, entonces las declaraciones son raramente verdaderas.

Por último Moran (1997: 263) indica que cuando una metáfora muere, la expresión relevante adquiere un nuevo significado literal y consiguientemente obtiene una mención adicional en el diccionario. Esto sería inexplicable, o cuando menos arbitrario y extraño, si la metáfora no hubiera tenido previamente algún tipo de significado.

Además, hay posiciones contemporáneas que rechazan el significado metafórico de los enunciados pero que ofrecen explicaciones más verosímiles de la comunicación metafórica. Dada la amplia gama de explicaciones de este tipo, no hay una razón convincente para aceptar la teoría enteramente causal propuesta por Davidson.

La teoría ingenua del símil

Los filósofos, a partir de Aristóteles, han percibido una notable semejanza entre las metáforas y los símiles (las comparaciones): parece que tanto las metáforas como los símiles expresan o señalan comparaciones de sus tópicos con algo un poco inesperado o imprevisto. Simón (Pedro) era *como* una piedra, Julieta es como el sol en uno o más sentidos, y Eduardo IV se asemejaba al sol en tal vez otra forma. Esto sugiere una afinidad aún mayor: la idea de que una metáfora sea tan sólo un símil abreviado. Según la teoría ingenua del símil, una metáfora deriva del símil correspondiente, por elipsis. Así, (1) es una abreviación de “Simón (Pedro) es como una piedra”, y (2) es una abreviación de “Julieta se parece al sol”.

(3) es mucho más complicada, puesto que a pesar de que su sujeto gramatical pueda traducirse como “Nuestro descontento, que es como un invierno”, el referente conclusivo (Eduardo IV) no es mencionado en ninguna forma; es necesario hacer de esa última parte de (3) algo así como “por x, uno de York que se asemeja al sol”, en donde la referencia de “x” a Eduardo está de alguna forma determinada por el contexto. “Se vuelve verano” tendría que interpretarse más o menos así “aliviado de manera semejante a como el invierno da el paso al verano”. Pero probablemente todo esto se puede resolver. ((4) es aún más difícil; más adelante regresaremos a comentarlo).

Esta visión tan sencilla reconcilia las dos características de Beardsley: admite la “tensión conceptual” que caracteriza a la metáfora, al tiempo que explica la inteligibilidad de la metáfora. La inteligibilidad es directa, puesto que enunciados de parecido o semejanza son obviamente inteligibles. La tensión surge a raíz del paso del parecido a la adscripción efectiva (“Julieta es el sol”).

La teoría ingenua del símil le ha parecido verosímil a muchos críticos literarios y filósofos, muchos de los cuales hasta la dan por confirmada. Pero está sujeta a una serie de objeciones, de las que aquí presento tres.

En primer lugar, Beardsley (1967) reclama que, si bien la teoría explica efectivamente la tensión distintiva de la forma en que hemos señalado, la explicación resulta trivial. Si una metáfora es sólo una *abreviación* del símil correspondiente, entonces es sencillamente sinónimo del símil y no debería de parecer anómala o desconcertante cuando se le escucha. Desde esta perspectiva, la tensión es tan sólo una apariencia superficial. Pero esta concepción parece equivocada. No hay ninguna tensión aparente en “Julietta es como el sol”, incluso si uno desea que le digan acerca de las formas en que Julietta se parece al sol. Uno siente que la metáfora *actúa* o *funciona* porque contiene una tensión inherente que es más substancial. (Davidson (1978) y Searle (1979) habrán de sostener que, en particular, la metáfora *actúa* o *funciona* porque posee el significado literal anómalo que la caracteriza).

En segundo lugar, Searle reclama que un símil tomado por sí mismo es casi completamente no informativo. “La semejanza es un predicado vacío: dos cosas cualesquiera son semejantes entre sí en uno u otro aspecto” (p.106; véase también Goodman 1970). ¿De qué forma es Julietta supuestamente como el sol? No por ser una gigantesca esfera de gas, o por consistir en gran medida en un proceso de fusión nuclear, o por estar a 149,600,000 kilómetros de la Tierra. Como Searle señala, esas propiedades son distintivas y bien conocidas características del sol; no obstante, la teoría ingenua del símil no nos ofrece ningún indicio acerca de porqué la metáfora de Romeo le atribuye varias y específicas características a Julietta y no otras. Por ello, la teoría no logra ofrecer un mecanismo creíble a través del cual pueda transmitirse el significado metafórico.

En tercer lugar, incluso cuando hemos identificado los aspectos relevantes de la semejanza, a menudo ellos mismos demuestran ser metafóricos. Searle ofrece este ejemplo, “Sara es un bloque de hielo”. ¿Cómo, según un sostenedor de la teoría ingenua del símil, se parece Sara a un bloque de hielo? Tal vez sea dura y muy fría. Pero no, claramente, *literalmente* dura y fría; en este caso, dura y fría son ellas mismas usadas metafóricamente. De modo que Sara es sólo *como* algo que es duro y frío. ¿En qué modo? Tal vez ella es inflexible, impasible e insensible. Pero, Searle indica (p. 107), no hay ningún sentido en el que los bloques de hielo sean inflexibles, impasibles e insensibles, en el que no lo sean también otros objetos inanimados. Las hogueras son igualmente inflexibles,

imposibles e insensibles; pero ni “Sara es como una hoguera” ni “Sara es una hoguera” son compatibles metafóricamente con el enunciado original. El sostenedor de la teoría ingenua del símil tendría que insistir que existe una ulterior y subyacente semejanza literal entre las cosas frías y las cosas imposibles. Pero no se nos ofrece ninguna evidencia que apoye dicha afirmación. Searle conjetura que debido a quién sabe qué factores psicológicos, “la gente [simplemente] encuentra que la noción de frialdad está asociada en su mente con la carencia de emoción” (p. 108).

Esta última objeción sugiere una simple y a la vez radical modificación de la teoría ingenua, que conserva la tesis central de que las metáforas son símiles comprimidos a la vez que elude la mayor parte de nuestras seis objeciones. La desarrolla en detalle y la defiende Fogelin (1988): las metáforas abrevian, no símiles interpretados literalmente, sino símiles interpretados ellos mismos de manera figurativa.

La teoría figurativa del símil

Los símiles a menudo, o más bien casi siempre, son figuras del lenguaje. Sara sólo en modo figurativo es como un bloque de hielo, porque ella sólo figurativamente es dura y fría. Simón es sólo figurativamente como una piedra, y Julieta es sólo figurativamente como el sol. Un modo de ver esto (distinto del propuesto por Fogelin) consiste en notar que la semejanza *literal* es simétrica: si A es literalmente semejante a B, entonces necesariamente B es literalmente semejante a A. Pero un bloque de hielo no es literalmente como Sara, ni una piedra es literalmente como Simón, ni el sol literalmente como Julieta. Y nadie habría de proponer semejantes comparaciones como símiles, de la forma “¿El sol? -Ah, el sol es como Julieta”. Es cuando los símiles son ellos mismos no literales que parafrasean mejor a las metáforas. Esto sugiere la hipótesis de que una metáfora es tan sólo un símil *figurativo* abreviado, que deriva del correspondiente símil interpretado figurativamente.

Esta teoría figurativa evita fácilmente nuestras tres objeciones a la teoría ingenua. *Primera objeción*: toda vez que el sostenedor de la teoría figurativa no reduce las metáforas a afirmaciones literales y casi triviales de semejanza, no se puede decir que la teoría figurativa trata la tensión conceptual de la metáfora como algo superficial. Existe ya una tensión conceptual en el símil subyacente. *Segunda objeción*: interpretado figurativamente, el símil ya lleva uno o más aspectos particulares de semejanza. De modo que no deja de explicar cómo es que la metáfora enfatiza esos

mismos aspectos. *Tercera objeción*: por supuesto que el sostenedor de la teoría figurativa no está comprometido a postular semejanzas literales entre Julieta y el sol, Sara y el bloque de hielo, etc.

Pero estas tres ventajas se obtienen a un precio evidente. En cada caso, la teoría figurativa resuelve un defecto de la teoría ingenua, acomodando el material necesario en los correspondientes símiles, ahora interpretados en modo figurativo, y dejando que las metáforas resultantes los hereden. Pero el peligro aquí consiste en haber sólo apartado el problema sin llegar a resolverlo. Porque ahora el trabajo explicativo está siendo efectuado por la naturaleza figurativa de los símiles subyacentes, y de esta forma sus interpretaciones figurativas necesitan ellas mismas de una interpretación. En realidad, nuestras dos principales preguntas de origen se vuelven a plantear para los símiles figurativos: ¿en qué consiste el que esos enunciados posean significados figurativos, y cómo es que esos significados se transmiten a los escuchas?

Fogelin hace uso de la noción de característica *prominente* de una cosa.³ De esta forma es capaz de movilizar una relación no simétrica de semejanza (p. 78): “*A* es semejante a *B* sólo si *A* tiene el número suficiente de características prominentes de *B*”. *A* puede compartir un número suficiente de las características prominentes de *B* sin que *B* posea un número suficiente de las características *prominentes* de *A*, puesto que las características específicas de *B* que *A* comparte no tienen necesariamente que ser prominentes en *A*. Por ejemplo, una ardilla se parece mucho a una rata, excepto por el hecho de ser bonita o percibida como tal por los seres humanos; posee la mayor parte de las características prominentes de la rata, siendo un pequeño roedor muy activo en la búsqueda de alimento. Pero no diríamos que una rata es como una ardilla, porque la lindura de las ardillas es una característica que los seres humanos consideran prominente en ellas, y las ratas no son bonitas. Según Fogelin, la diferencia entre una comparación figurativa y una comparación literal radica en el estándar de prominencia, que en cierta forma *se revierte*. Es (lo dice Fogelin, p. 90) literalmente verdad que Winston Churchill parecía un bulldog, pero literalmente falso que Churchill *fuera* como un bulldog (siendo él un ser humano y no un perro, un bípedo, carente de pelaje, incline a conversar y no a ladrar, demasiado grande como para excavar en las madrigueras, etc.). Sin embargo es figurativamente verdad que él era como un bulldog. Al llamarlo así, sugiere Fogelin, “lo comparamos con un bulldog (en oposición, digamos, de un French poodle), mientras que al mismo

³ Aquí y en otros puntos se apoya en la obra de Tversky (1977).

tiempo recortamos el espacio de las características en los términos de las características prominentes del sujeto [Churchill] (p. 91). Desafortunadamente, Fogelin no explica en detalle cómo “recortamos el espacio de las características”. Creo que la idea consiste en que, habiendo rechazado el símil como literal, el escucha no obstante asume caritativamente que la presunta semejanza tiene lugar, y ahora ignora las características prominentes de los bulldogs que obviamente hacen que sea falsa la comparación literal y trata de encontrar características que correspondan a las características prominentes de Churchill. (No estoy seguro de cuáles sean éstas; ¿dureza, tenacidad, modestia y verse como un bulldog?)

Desde esta perspectiva, los enunciados tienen significados metafóricos que difieren de sus significados literales; sin embargo, de ello no se sigue que cualquiera de las expresiones del enunciado haya *cambiado* su significado, del uso literal al figurativo, o que los significados metafóricos tengan algo de mágico o siniestro. Más bien, el *parecido* es siempre y en todo lugar relativo a un estándar de semejanza, un “espacio de características” que determina qué propiedades deberán corresponder a cuáles otras. El estándar de semejanza es como una lista o relación dado que está determinado por factores contextuales, pero puede también asumir más de un valor en un mismo contexto. Por ello es que el enunciado puede ser tanto verdadero (metafóricamente) como falso (literalmente) en uno y el mismo acto en el que se le pronuncia: puesto que están en juego dos distintos estándares de semejanza -así como “Tita es pequeña” puede ser al mismo tiempo verdadero y falso si Tita es una jirafa enana. Ésta es una buena ventaja de la teoría de Fogelin.

Sin embargo, Fogelin debe hacerle frente a por lo menos tres nuevas dificultades. En primer lugar, un enunciado puede seguir siendo aceptado como metafóricamente verdadero incluso cuando el símil correspondiente ha demostrado ser falso. Searle (pp. 102-103) propone el ejemplo, “Ricardo es un gorila”, que la teoría ingenua del símil analizaría como “Ricardo es como un gorila”. Supongamos que lo que se quiere decir es que Ricardo es como un gorila por ser brutal, desaseado, incline a la violencia y tal vez no muy brillante. Pero los estudiosos de los primates nos dicen que, de hecho, los gorilas no son desaseados ni violentos; son animales tímidos, muy sensibles y muy inteligentes. De igual forma, los cerdos, que aparecen en muchas metáforas que implican desorden, suciedad, glotonería, obesidad, idiotez, o alguna combinación de estas características; mas no hay

evidencias contundentes acerca de que los cerdos sean sucios o especialmente glotones, o de que sean más gordos en relación al tamaño de su esqueleto de como lo son otros animales.⁴

Se podría pensar que Fogelin ha evitado con facilidad esta nueva objeción, puesto que cuando un *símil* es figurativo no requiere una real exactitud del estereotipo relevante. “Pancho actúa como un gorila” y “Sandra come como un cerdo” están expresadas correctamente y así se les entiende a pesar del hecho de que los dos estereotipos son respectivamente calumnias simiescas y porcinas, porque en los símiles, “gorila” y “cerdo” están ellos mismos siendo usados figurativamente más que literalmente. Pero la imagen de Fogelin de “recortar el espacio de las características” presupone o por lo menos sugiere con fuerza que las características compartidas de modo relevante por, digamos, Churchill y un bulldog son poseídas literalmente por cada uno de ellos. Y en ese sentido, en la teoría de Fogelin una metáfora debe aún tocar fondo en una compartición de propiedades genuinas. En ejemplos como el de Searle (en los que el estereotipo está sencillamente equivocado) está lejos de ser obvio cuáles habrían de ser las propiedades en cuestión.⁵

En segundo lugar, tengamos presente que muchos enunciados admiten individualmente una interpretación literal o metafórica. (“Adolfo es un carnicero”; “el gusano dio vuelta”). Incluso cuando un enunciado parece anómalo, a menudo podemos imaginar las circunstancias en las que habría de ser literalmente verdadero; como señala Davidson (1978: 41), “ustedes son unos cerdos” sería literalmente verdadero si lo dijera Ulises a sus hombres en el palacio de Circe. Muy probablemente nunca habrá existido un enunciado que no admita algún tipo de comprensión metafórica. Para cada enunciado que efectivamente conlleva una interpretación metafórica, incluso uno que prácticamente siempre se usa literal y no metafóricamente (por ejemplo, “Ernesto está perdido”), el seguidor de la teoría del *símil* estará obligado a considerarlo semánticamente ambiguo, entre su significado literal y su significado como *símil* abreviado (que Ernesto se parece a una

⁴ Si tenemos en mente la glotonería podemos pensar en los gatos. Pero nadie llama metafóricamente “gato” a alguien más para indicar su glotonería. Otro ejemplo es “bastardo”. No hay evidencia acerca de que un varón cuyos padres no estaban casados al momento de su nacimiento tenga mayores probabilidades de ser cruel o inescrupuloso que cualquier otra persona.

⁵ Fogelin aborda esta objeción (pp. 44-5), pero lo hace en modo inconcluyente. Sostiene que “gorila” no es una metáfora, sino una metáfora *muerta*; de ser así, ello parece no ser esencial para el ejemplo. Sucesivamente sugiere que, o bien la elipsis es más grande de lo normal, incluyendo “lo que la mayoría de la gente piensa que sean los –s”, o bien el hablante “habla desde la perspectiva de la creencia popular que tanto él como quien lo escucha saben que contiene falsas creencias que ellos mismos no comparten”. La primera de estas aclaraciones parece semánticamente desesperada; la segunda, en ausencia de una motivación independiente, resulta *ad hoc*.

persona perdida). Pero semejante proliferación de supuestamente genuinas ambigüedades semánticas resulta poco verosímil.

La tercera nueva objeción consiste en que algunos enunciados metafóricos son demasiado complicados como para analizarlos como símiles. (4) es un buen ejemplo. No se refiere literalmente a la sangre de nadie, y la sangre no puede inflamarse literalmente (mientras está en el cuerpo en condiciones discretamente normales); “el alma” está probablemente siendo utilizada metafóricamente, e incluso si no lo fuera, las almas no pueden literalmente transformarse en lenguas; y tampoco “lenguas” se usa queriendo decir órganos musculares situados en la cavidad oral. De modo que el sostenedor de la teoría del símil se enfrenta a la abrumadora tarea de traducir todas esas cosas de inmediato en lenguaje de semejanza. Habría que hacer uso extensivo de la estrategia de identificación del parámetro contextual que usamos para explicar (3). Un primer paso podría ser: “Cuando x , que es como la sangre de una persona, experimenta algo que se parece a una inflamación, y , que es como el alma de una persona, hace algo parecido a convertirse en z , que se parece a la lengua de una persona, pero llena de promesas”. No parece que avancemos mucho. Y se necesita aún refinar el análisis, porque el que “la sangre” se inflame metafóricamente implica probablemente algo distinto de una sustancia parecida a la sangre, y que haga algo que no se parezca al significado literal de inflamarse, como cuando se inflama un dedo. Así las cosas, no nos sorprende ver que los sostenedores de la teoría del símil se hayan concentrado fundamentalmente en ejemplos sencillos de forma sujeto-predicado como en (1) y (2).

La teoría pragmática

A diferencia del enfoque casual, la teoría ingenua de símil ofrece una noción de “significado metafórico”; los enunciados tienen significados metafóricos además de sus significados literales, si bien los primeros demuestran ser triviales e insatisfactorios. Y como hemos podido ver, la versión que Fogelin presenta del enfoque figurativo respalda una versión aún más fuerte del significado metafórico, toda vez que sus significados metafóricos son (si bien inefables) más substanciales y clarificadores. Como ya mencioné, Davidson argumentó globalmente en contra del significado metafórico (de hecho se puede decir que su análisis aplica la táctica de la tierra quemada); de modo que es necesario considerar aquí sus argumentos. Presenta cinco o seis, pero en este espacio comentaré sólo

los dos argumentos que considero más pertinentes en contraposición a las demás teorías que estamos discutiendo. El primero:

No hay instrucciones para idear o concebir metáforas; no existe un manual para determinar lo que una metáfora “significa” o “dice”; no existe una prueba o test para la metáfora en la que no juegue un papel importante el gusto personal. (p. 29).

El segundo: se concede casi universalmente que, no obstante algunas metáforas puedan ser parafraseadas en términos literales sin sufrir una gran pérdida, muchas de ellas son abiertas en el sentido de que el conjunto relevante de semejanzas es vago e indefinido y algunas (como en distintos tipos de poesía) no pueden ser parafraseadas de ninguna manera. Estos sorprendentes hechos se ven eficientemente explicados mediante la afirmación de que no existe el significado metafórico, puesto que desde esa perspectiva no hay nada que parafrasear o circunscribir (p. 30). Fogelin sostiene que la teoría figurativa del símil explica también esos hechos. Pero Davidson añade que nuestra comprensión de una metáfora, “aquello que notamos o vemos” “no es, en general, de naturaleza proposicional... Ver como no es ver que” (p. 45). Además, si un determinado enunciado tuviera efectivamente un significado metafórico, habríamos de esperar que ese contenido pudiera ser expresado con precisión mediante una paráfrasis, incluso si la paráfrasis resultara difícil, prolija, llana, aburrida, o todas esas cosas juntas.

Ahora bien, el ataque de Davidson al significado metafórico puede ser llevado hasta el extremo de la exageración, como ocurre en algunos puntos de su exposición. Y como hemos dicho, lo presenta como una especie de táctica de la tierra quemada o de “tolerancia cero”. Pero de hecho Davidson concentra sus argumentos críticos alrededor de la idea de que las *expresiones lingüísticas* cambian sus significados en el uso metafórico; su némesis es la postulación de la ambigüedad lingüística. Y en un punto importante tiene el cuidado de “no negar que exista la verdad metafórica, sólo negarlo de los enunciados” (p. 39). Esto deja abierta la posibilidad de que exista un término medio, una posición de compromiso.

Searle (1979) propone una explicación de la metáfora que al igual que la de Davidson vacía el “significado metafórico” aún más de como lo hace la teoría ingenua, y que rechaza igualmente una cierta concepción de la ambigüedad lingüística. Pero, contrariamente a Davidson, toma en serio la

idea de que la afirmación metafórica constituye una genuina comunicación lingüística más bien que un mero mecanismo de causalidad, y plantea un mecanismo cognitivo que da lugar a algo que bien puede ser llamado significado metafórico.

Podemos darle el apelativo de teoría pragmática a la exposición de Searle porque, concretamente, concibe a la metáfora simplemente como un tipo específico de comunicación indirecta.⁶ Searle (1975) ofrece una explicación “conservativa” acerca de cómo son expresados y entendidos los actos del discurso indirecto. El hablante pronuncia un enunciado marcado gramáticamente para un determinado tipo de fuerza ilocutoria pero primariamente quiere decir con él algo que tiene una fuerza distinta o por lo menos un contenido locutorio característicamente diferente. El escucha hace inicialmente uso de razonamientos griceanos para determinar que el hablante está tratando de expresar algo distinto de lo que su enunciado significa literalmente; sucesivamente el escucha emplea ulteriores razonamientos griceanos, acrecentados por principios de la teoría de los actos del lenguaje y por mutuamente evidentes suposiciones contextuales con el fin de interpretar la fuerza y el contenido que se quería dar a la expresión.

De acuerdo con Searle:

El problema de explicar cómo funcionan las metáforas es un caso especial del problema general de explicar cómo el significado del hablante y el significado del enunciado o de la palabra se articulan... Nuestra tarea al construir una teoría de la metáfora consiste en tratar de expresar los principios que ponen en relación al significado literal de los enunciados con el significado metafórico de las afirmaciones del hablante. (pp. 92-3).

Searle divide el proceso interpretativo en tres pasos (en paralelo al proceso que había postulado para la interpretación de actos del lenguaje indirectos). En primer lugar el escucha debe determinar si buscar o no una interpretación no literal. En segundo lugar, si el escucha decidió efectivamente buscar una interpretación metafórica, deberá entonces aplicar un conjunto de principios o de

⁶ Searle usa el término “indirecto” para indicar tipos de comunicación, tales como la fuerza indirecta y algunas implicaturas conversacionales, en las que el hablante transmite un segundo significado además del significado del enunciado que él expresa.

estrategias para generar una gama de posibles significados expresados por el hablante. En tercer lugar, deberá aplicar otro conjunto de principios o de estrategias para identificar qué significado o qué significados de entre los que pertenecen a esa gama tienen mayores posibilidades de estar siendo utilizados en esta ocasión. (Se debe tener presente que si este ulterior conjunto de principios no logra reducir los significados posibles a uno o dos, ello habría de explicar la cualidad abierta de las metáforas).

La estrategia que subyace al primo paso es griceana: cuando una expresión habría de ser claramente *defectuosa* si se le interpreta literalmente, hay que buscar un distinto significado en las palabras del hablante. Nuestros ejemplos (1)-(4) se ajustan todos a este modelo, puesto que si los consideramos literalmente, cada uno de ellos es falso y conceptualmente confuso. (Sin embargo, como dice Searle, no todas las expresiones metafóricas son tremendas falsedades ni simplemente falsas. El defecto en expresar literalmente “la revolución no es una fiesta de gala” (frase atribuida a Mao Tse Tung), es su total carencia de sentido dada su sumamente clara verdad).

La estrategia de Grice no es la única opción disponible para el primer paso. Algunas expresiones metafóricas no son defectuosas en ningún sentido; hay otras claves de contexto, tales como el tipo de discurso que está teniendo lugar. Searle observa que “cuando leemos a poetas románticos, estamos atentos a la presencia de metáforas” (p. 114). Kittay (1987: 76) señala que las metáforas a veces están explícitamente indicadas como tales: una víctima está arrinconada por un grupo de bandidos. “Se dio cuenta tanto literal como metafóricamente... estaba con la espalda contra la pared y... tenía las manos atadas”.

La principal estrategia general para el segundo paso, nos Searle, consiste en buscar semejanzas o comparaciones. Searle ofrece ocho principios según los cuales la frase pronunciada puede sugerir a la mente un significado distinto “en formas que son peculiares de la metáfora”. Por ejemplo (principio 2) el significado diferente puede ser una “propiedad destacada o bien conocida” de la cosa o del estado de cosas mencionado. O (principio 3), como en nuestros ejemplos de “gorila” y “cerdo”, la propiedad señalada puede ser una que sólo con frecuencia (mas no siempre) se le atribuye a la cosa.

Searle indica sólo una estrategia para el tercer paso: considerar cuál de entre los candidatos a significado son probables o hasta posibles características del objeto considerado. Julieta no podía ser una gigantesca esfera de gas, o consistir en gran parte en un proceso de fusión nuclear, o estar a

150 millones de kilómetros de la Tierra. Claro está que los oyentes también tienen nociones precisas acerca de qué tipo de ideas podrían estar expresando hablantes específicos.

Queda sólo la labor de distinguir a la metáfora como un tipo de comunicación indirecta entre otros varios, distinta de la “implicatura” ordinaria, de la ironía, y de lo que Searle denomina “actos indirectos del lenguaje” propiamente dichos. Searle contrasta la metáfora con los actos indirectos del lenguaje sosteniendo (p. 121) que en estos últimos el hablante quiere decir lo que expresa, añadiendo al mismo tiempo un ulterior significado a su expresión. (Searle no considera la “implicatura” ordinaria, pero probablemente haría el mismo comentario acerca de ella). La diferencia entre la metáfora y la ironía parece ser tan sólo que con la metáfora la segunda y la tercera fase de la interpretación funcionan por semejanza o comparación, mientras que con la ironía hay una especie de reflejo mucho más sencillo: la expresión, tomada literalmente, es defectuosa en el sentido de que o bien su opuesto es claramente verdad, o bien se debe esperar que el hablante crea el contrario, de modo que la elección “natural” del significado indirecto es precisamente el opuesto.

Davidson y Searle están más de acuerdo que en desacuerdo. Ambos niegan que las expresiones lingüísticas tengan significados metafóricos especiales, y ambos sostienen que la metáfora puede ser entendida por medio del uso de instrumentos con los que cuenta ya la filosofía del lenguaje. (Fogelin clasifica acertadamente juntas las teorías causal y pragmática llamándolas teorías de la “falsedad fecunda”). No queda clara la razón por la cual Davidson debería, o podría, disputar la tesis de Searle acerca de la existencia del significado metafórico vehiculado por el hablante. Davidson argumenta, yendo en contra de la tesis de Searle, que lo que transmiten algunas metáforas no es proposicional en algún modo. Pero el principal desacuerdo se refiere a las reglas, a los principios y a los mecanismos cognitivos, con Davidson que niega rotundamente su existencia, y Searle que propone los propone diligentemente y en gran número. Así pues, tratemos de ver cómo haría Searle para refutar los dos argumentos de Davidson en contra del “significado metafórico”.

Davidson argumentó en primer lugar que no hay instrucciones o reglas para la generación o la interpretación de las metáforas. Como si se hubiera inspirado directamente en ese pasaje, Searle creó un cierto número de esas reglas, y tal como las expone parecen admisibles. Davidson añadió la apreciación: “ninguna prueba para las metáforas *que no implique el gusto*”; con toda probabilidad Searle habría de admitir dicha especificación, puesto que no sostiene haber producido una

numeración completa y tampoco predice que un hipotético conjunto completo de principios habrá de producir resultados perfectamente determinados. Le debemos asignar este round, por puntos.

El segundo argumento de Davidson se basa en la inconclusividad, en la imparafraseabilidad y en la abierta improposicionalidad. La versión de Searle predice la inconclusividad, puesto que podemos esperar que su segunda y tercera fases a menudo habrán de fracasar en su cometido de reducir los posibles significados del hablante a dos o a uno solo. En lo que se refiere a la imparafraseabilidad, Searle concede que a menudo usamos las metáforas justamente porque no existe una expresión literal práctica y accesible que quiera decir la misma cosa, pero sostiene que si algo es un significado lingüístico, en principio podrá ser formulado (si bien muy torpemente) en uno u otro lenguaje.

Me parece que Searle gana también este round, pero hay un elemento aún más profundo que tiene que ver con la improposicionalidad. El análisis de Searle es proposicional hasta los huesos, puesto que todo el significado vehiculado por el hablante es un significado *que* esto y *que* aquello. Si Davidson está en lo cierto cuando dice que lo que notamos o vemos en una metáfora “no es, en general, de carácter proposicional”, entonces, por obra del principio de Searle que acabamos de mencionar, no se trata de un significado lingüístico de ningún tipo, ni siquiera del tipo de significado del hablante.

Este “en general” de Davidson, hace que su afirmación sea muy ambiciosa, y de hecho falsa. Tal vez muchas metáforas poéticas o metáforas literarias de otro tipo sean ricas al punto de ser improposicionales en su alcance, pero las metáforas de todos los días empleadas por personas normales a menudo son perfectamente parafraseables en el contexto. Muy a menudo, como dice Searle, el hablante ciertamente quiere decir algo, posiblemente algo muy específico. Diego llega a su departamento y lo encuentra en completo desorden⁷ -ropa sucia tirada el piso, los platos y los trastes de cuatro días sin lavar abandonados en el lavabo y otros objetos que no conviene mencionar en un texto accesible a un público de todas las edades- y Diego increpa a su compañero de departamento diciéndole: “¡Eres un cerdo!” Quiere decir bastante específicamente que su compañero de departamento es una persona sucia, asquerosa. (En cambio, si hubiera encontrado el departamento limpio y en orden, pero agotados los alimentos que en él había dejado, porque su

⁷ Un ejemplo de la vida real, me temo, propuesto por un estudiante durante un seminario.

compañero se los devoró, habría podido decir: “¡Eres un cerdo!” queriendo decir que su compañero de departamento es un glotón). Así, podemos ver que Davidson exageró su tesis, subestimando algunos importantes factores relativos al significado del hablante.

Por otro lado, como dice Davidson, los escritores que dan lugar a nuevas metáforas literarias, lejos de tener siempre significados determinados por el hablante, pueden no tener significados del hablante o cualquier otro tipo de finalidad proposicional. Ello no hace que las metáforas sean menos útiles, puesto que las metáforas en ocasiones tienen la característica cuasi-perceptiva señalada por Davidson; en algunos casos la metáfora nos pone en un contexto mental diferente, capaz de ofrecernos una nueva visión del tema tratado. Y éste es un punto claro que se contrapone a Searle.

Así las cosas, cada una de estas concepciones presenta una ventaja respecto a la otra. Creo que sea posible una reconciliación entre las mismas, una especie de híbrido que combine las ventajas de la teoría causal y las de la teoría pragmática. Pero desarrollarla requeriría más espacio de que podemos emplear en este artículo.

La metáfora como analogía

Ross (1981) y Kittay (1987) señalan a nuestra atención un tipo de metáforas, en ocasiones denominadas “analógicas”, que indudablemente implican significado y cambio de significado y de las que no se ocupan Davidson ni Searle. Están muy generalizadas; tienen lugar prácticamente en cada uno de los enunciados que salen de nuestras bocas. Para terminar, voy a esbozar tan sólo en qué consisten, puesto que las teorías acerca de la metáfora que tratan acerca de ellas son excesivamente densas y complejas, y no contamos aquí con espacio suficiente para revisarlas.

Para entrar en el terreno de la metáfora analógica es preciso tener presente la tesis de la “polisemia infinita”, defendida por Weinreich (1966), Lyons (1977), Cohen (1985), e Davidson (1986), así como por Ross e Kittay. Esta tesis tiene que ver con el *significado lexical*, los significados de las palabras y las frases cortas más bien que los de los enunciados enteros. Consiste en que virtualmente cualquier palabra, incluso un pronombre, puede asumir un número indeterminado e ilimitado de nuevos y distintos significados lexicales, dada una adecuada variedad de ambientes al interno de los enunciados en los que aparecen. De hecho, una sola palabra, dependiendo del contexto sub-enunciado y bajo circunstancias externas suficientemente particulares, puede querer decir prácticamente cualquier cosa. Lo que es más -y esto es sumamente sorprendente- las palabras

hacen esto de tal forma los significados nuevos pueden ser captados de inmediato por parte de escuchas normales.

Todo esto debido a que los nuevos significados de las palabras se generan en los contextos a partir de significados existentes por medio de mecanismos de “analogía” que son intrincados pero muy claramente trazables, inmediatamente puestos en acción por parte de cualquier hablante normal.⁸ Por la misma razón, muy pocas de estas diferencias de significado de las palabras son ambigüedades claras y abiertas como la de “banca” (financiera *versus* superficie de descanso) o “morir” (perecer *versus* terminar el turno, como se usa en el contexto de los juegos de mesa y en los videojuegos); los significados polisémicos están interrelacionados sistemáticamente.

Bibliografía

- Beardsley, M. (1967) “Metaphor”, en P. Edwards (ed.), *The Encyclopedia of Philosophy*, vol. 5 Nueva York: Macmillan.
- Black, M. (1954/1962), “Metaphor”, en M. Black, *Models and Metaphors*, Ithaca, Nueva York: Cornell University Press.
- Blackburn, S. (1984), *Spreading the Word*, Oxford: Clarendon Press.
- Cohen, L. J. (1985), “A Problema about Ambiguity in Truth-Theoretic Semantics”, *Analysis*, 45: 129-34.
- Cohen, T. (1975), “Figurative Speech and Figurative Acts”, *Journal of Philosophy*, 71: 669-84.
- Davidson, D. (1978), “What Metaphors Mean”, en S. Sacks (ed.) *On Metaphor*, Chicago: University of Chicago Press; reimprimido en D. Davidson (1984) *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford: Clarendon Press.
- Davidson, D. (1984), *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford: Clarendon Press.
- Davidson, D. (1986), “A Nice Derangement of Epitaphs”, en E. LePore, *Truth and Interpretation: Perspectives of the Philosophy of Donald Davidson*, Oxford: Basil Blackwell.

⁸ De hecho, esta idea tiene antigua historia; Aristóteles la exploró, y fue sucesivamente reelaborada por distintos filósofos medievales.

- Elgin, C. y Scheffler, I. (1987), "Mainsprings of Metaphor", *Journal of Philosophy*, 84: 331-5.
- Fogelin, R. (1988), *Figuratively Speaking*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Goodman, N. (1970), "Seven Strictures on Similarity", en L. Foster y J. W. Swanson (eds.) *Experience and Theory*, Amherst, MA: University of Massachusetts Press.
- Goodman, N. (1981), "Twisted Tales; or Story, Study, and Symphony", *Synthese*, 46: 331-50.
- Grice, H. P. (1989), *Studies in the Way of Words*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Johnson, M. (ed.) (1981), *Philosophical Perspectives on Metaphor*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Kittay, E. (1987), *Metaphor*, Oxford: Clarendon Press.
- Lakoff, G, y Johnson, M. (1980), *Metaphors We Live By*, Chicago: University of Chicago Press.
- Lyons, J. (1977), *Semantics*, vol. I, Cambridge: Cambridge University Press.
- Moran, R. (1997), "Metaphor", en C. Wright y R. Hale (eds.), *A Companion to the Philosophy of Language*, Oxford: Basil Blackwell.
- Ross, J. F. (1981), *Portraying Analogy*, Nueva York: Cambridge University Press.
- Searle, J. R. (1975), "Indirect Speech Acts", en P. Cole y J. L. Morgan (eds.) *Syntax and Semantics, vol. 3: Speech Acts*, Nueva York: Academic Press; reimprimido en J. R. Searle (1979) *Expression and Meaning*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Searle, J. R. (1979), *Expression and Meaning*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Stern, J. (1985), "Metaphor as Demonstrative", *Journal of Philosophy*, 82: 677-710.
- Tirrell, L. (1989), "Extending: The Structure of Metaphor", *Nous*, 23: 17-34.
- Tversky, A. (1977), "Features of Similarity", *Psychological Review*, 84: 327-52.
- Weinreich, U. (1966), "Explorations in Semantic Theory", en T. A. Sebeok (ed.) *Theoretical Foundations*, La Haya: Mouton.



Sesto San Giovanni (MI)
via Monfalcone, 17/19

© Metábasis.it, rivista semestrale di filosofia e comunicazione.
Autorizzazione del Tribunale di Varese n. 893 del 23/02/2006.
ISSN 1828-1567



Esta obra está publicada bajo una Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 2.5 Italia de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/it/>.